

5. Al sur de la frontera

En 1845, un cuarto de siglo después de independizarse de España, el panorama político en Hispanoamérica contrastaba fuertemente con el de Estados Unidos.

La Gran Colombia, ya fragmentada en Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, era el escenario de luchas intestinas: las contiendas partidistas, activas o latentes, continuaban incasantes en Nueva Granada después de la guerra civil de 1840-42. En Ecuador llegaba a su fin la dictadura del general venezolano Juan José Flores (1831-35 y 1839-45). El General se había mantenido en el poder cambiando la constitución ecuatoriana a su antojo hasta que fue depuesto y desterrado. En Venezuela, el *caudillo* de turno era el general José Antonio Páez, quien tomó las riendas en 1831 y gobernó, personalmente o por medio de títeres, hasta 1846 cuando su protegido José Tadeo Monagas se le volteó y lo exilió.

Perú caía bajo la bota del general Ramón Castilla (1845-51 y 1855-62) tras haber sufrido una serie de revoluciones. Bolivia, bajo la del general José Ballivián, instalado por las armas, y otra revuelta le sucedería al dejar el poder en 1848. En Chile, el general Manuel Bulnes (1841-51) gozaba de poderes dictatoriales.

En Argentina, el dictador Juan Manuel de Rosas (1829-52) mandaba con desmán y terror. Se estima que su policía secreta, *La Mazorca*, asesinó a más de 15.000 opositores, cosechando para Rosas el apodo de *Luis XI criollo*, "*El Terrible*". En Paraguay el pueblo tenía su segundo dictador, Carlos Antonio López (1840-62), quien en 1845 libró una guerra con Argentina. El déspota anterior, doctor Gaspar

Rodríguez Francia, había sido *El Supremo* por un cuarto de siglo (1814-1840). En 1845 Uruguay sufría una guerra civil de nueve años (1843-51), en la que el partido *Colorado* del ex-presidente Fructuoso Rivera y el *Bianco* del ex-presidente Manuel Oribe se disputaban el poder.

Brasil tenía emperador, Dom Pedro II. Alaska pertenecía al Zar de Rusia. Panamá era apéndice de Nueva Granada. Cuba y Puerto Rico eran posesiones de España. Canadá y Jamalca, colonias de Inglaterra. La Isla Hispaniola, único pedazo de tierra independiente en las Indias Occidentales, era el escenario de sucesivos baños de sangre que comenzaron con la Insurrección de los esclavos en Haití en 1791.

Centroamérica en 1845 era también teatro de crueles luchas intestinas. Descollaba Nicaragua, assolada por una interminable guerra civil e invadida por los ejércitos de El Salvador y Honduras. En Guatemala gobernaba el general Rafael Carrera, que aunque analfabeta, continuó de *Presidente Perpetuo de la República* hasta su muerte veinte años más tarde.

En 1845, México era también desgarrado por fuerzas internas turbulentas. Durante los primeros 55 años de vida independiente (1821-1876), la nación azteca tuvo no menos de 74 gobiernos. En sólo la década anterior a 1846, tuvo quince presidentes de la república y doce revoluciones.

A comienzos del siglo XIX, México era más grande que los Estados Unidos tanto en extensión territorial como en población. Al independizarse de España en 1821, México medía más de cuatro millones de kilómetros cuadrados, aproximadamente el área de los Estados Unidos después de adquirir la Luisiana y Florida. Pero mientras la población norteamericana saltaba de 5 a 23 millones en la primera mitad del siglo, la de México se estancó entre 6 y 7 millones de habitantes.

País de montañas abruptas y hondas cañadas, México no tenía más vías de comunicación en su inmenso territorio que las sendas de los indios, seguidas después por los caballos de los conquistadores y más tarde por las acémilas del penoso tráfico mercantil. Apenas si en las postrimerías de su mando, el gobierno virreinal llegó a dar cima, con la

ayuda de los esfuerzos privados, al camino carretero para Veracruz y a otro para Toluca.

Las vías de comunicación, tan urgentes en el país montañoso, no adelantaron nada durante los largos años de revoluciones continuas; por el contrario, las operaciones militares aconsejaban muchas veces su obstrucción, y lo que un ejército destruía en pocas horas no se reparaba en mucho tiempo.

En 1832 los productos del correo eran menores que en 1808. Aunque el primer contrato para la construcción del ferrocarril de Veracruz a México se hizo en 1837, para 1850 ni un solo silbido de locomotora había aún despertado las energías dormidas de la nación y ni una sola señal telegráfica había roto su silencio.

Numerosos impuestos maniataban al comercio. A los derechos de importación se añadían los derechos adicionales llamados municipales, de mejoras, de contrarresguardo, de internación y de amortización, a la vez que se pagaban en los puertos los de toneladas, muelle, aguaje, practicaje, capitania, sanidad y otros que se mudaban y restablecían de un gobierno al siguiente. Un observador norteamericano comentó esta situación, diciendo: "El libre comercio resulta tan odioso para el mexicano, que ni siquiera lo tolera entre los diversos Estados de la república".¹

La yarda de manta que en Nueva York valía diez centavos, en la capital mexicana costaba setenta. Naturalmente, floreció el contrabando. El historiador mexicano Don Emilio Rabasa examina estos y otros aspectos del problema en *La Evolución Histórica de México*, donde explica la ruina económica de la nación:

En los once años que duró la guerra de independencia, debían venir, con el desorden y el aumento de gas-

¹ Albert C. Ramsey, Col. U.S. Army. "Field Notes -- Statistics, Observations, and Thoughts on the Civil Condition of Mexico", *New York Herald*, 14/2/1848, p. 1, c. 4.

tos, el empobrecimiento de las rentas y la inmoralidad en su recaudación. El trabajo abandonado en las minas y en la agricultura por los hombres que seguían a los rebeldes o eran requeridos por el Gobierno; el tráfico interrumpido por los riesgos del campo; la inseguridad en las poblaciones, siempre amenazadas por los combatientes y agitadas por el sentimiento insurreccional; todo contribuyó a reducir la producción y con ella los ingresos habituales, hasta llegar éstos a cifras muy bajas.

Para compensar la reducción, se apeló, como sucede siempre, al aumento de cuotas; el aumento inspiró la idea del contrabando en las alcabalas, en la exportación de metales y en los comercios prohibidos; y con el contrabando vino la venalidad de los agentes del fisco, a quienes la situación revuelta dejaba libres de la vigilancia superior y comunicaba el espíritu de rebeldía, de codicia y de licencia, que parecen derramar y propagar en los servicios públicos todas las revoluciones populares.

En once años todo se contaminó y el mal se hizo crónico; el impuesto inconsiderado fue familiar al poder; el fraude fiscal se ejerció como una costumbre por el contribuyente; la colusión y la venalidad del empleado perdieron su repugnancia moral; y todos juntos hicieron y fundaron el empobrecimiento del país y el abatimiento del trabajo.

No era esto sólo. Para completar el acervo de vicios, transformados en hábitos, que había de legarse a la generación nueva, directora de la nación liberada, el gobierno virreinal dio el ejemplo del préstamo forzoso, en nombre del orden, y los insurgentes el de la confiscación, en nombre de la libertad; aquél enseñó la venta a bajo precio de las rentas públicas, buscando disculpa en la salvación del reino, y éstos emitieron moneda sin valor, escudados en la necesidad de la independencia.

El acopio de ideas falsas sobre materias económicas, el concepto erróneo de lo que la libertad era capaz de

producir en país que se soñaba inmensamente rico, y la falta de tradiciones administrativas que demarcaran un camino siquiera de prudente exploración, eran un conjunto de condiciones que determinaban la proclividad más segura para el desacierto....

El contribuyente, vejado por todos, odiaba y despreciaba igualmente al Gobierno, agiotistas y empleados. La prensa que seguía a cada revolución triunfante, combatía los impuestos del Gobierno anterior, condenándolos como injustos o atentatorios; y renovándose en cada cambio político, los atacaba a todos y los hacía odiosos sin excepción, enseñando, en resumen, al contribuyente, que todos los impuestos eran inicuos, que él tenía un natural derecho a la resistencia, y que todo fraude a la hacienda pública era un acto moral de defensa.²

La pobreza caracterizó al erario mexicano desde un comienzo. En 1821 México incló su carrera de nación independiente con una deuda interna de treinta y cinco millones de pesos. Instantáneamente requirió una inyección de veintisiete millones de dólares prestados por banqueros londinenses, pero la situación irremisiblemente empeoró a medida que las revoluciones, los intereses y los nuevos préstamos se acumulaban unos sobre otros. Los ingresos del gobierno nunca eran suficientes para atender los gastos administrativos, cerrando toda posibilidad para siquiera pensar en obras de progreso.

La instrucción popular no existió ni durante la dominación española ni durante la independencia. Los Estados, en mayor pobreza que el Gobierno federal, la descuidaban por completo en sus territorios. Las escuelas privadas reunían algunos alumnos en cada población de cierta importancia, y en 1822 Joseph Lancaster emprendió la propagación de su sistema de enseñanza mutua en la capital, pero nunca alcanzó

² Emilio Rabasa, *La Evolución Histórica de México*, (México: Editorial Porrúa, S.A. 1972), pp. 67-73.

los recursos que necesitaba y que el erario público no podía darle.

La Instrucción primaria casi sólo se dio por las congregaciones religiosas en escuelas generalmente anexas a los conventos. Las pocas que siempre hubo --al concluir el siglo XVIII, Revillagigedo decía no haber en toda la Nueva España [México] más que once escuelas-- limitaban la enseñanza a la lectura y escritura, religión y trabajos manuales. Los colegios superiores de los jesuitas --antes de su expulsión por Carlos III en 1767-- sólo añadían el latín y discusiones de Metafísica. Las universidades de México y Guadalajara, fundadas en el siglo XVI, enseñaban Teología, Leyes y Medicina, y los seminarios fundados a fines del siglo XVII, Teología y Leyes.

Las reformas liberales de 1833 establecieron la educación laica, terminaron la recolección de diezmos por el estado y le dieron a éste el derecho de nombrar autoridades religiosas, pero en 1845 la Iglesia católica todavía gozaba de un enorme poder político en México. Lo continuó ejerciendo idéntico hasta que Benito Juárez en 1859 suprimió las órdenes religiosas, nacionalizó los bienes de la Iglesia (cuyo valor se calculaba superior a 125 millones de dólares, sin incluir Iglesias, monasterios, escuelas, hospitales, bibliotecas y obras de arte), estableció el matrimonio civil, secularizó los cementerios --es decir, separó a la Iglesia del estado y la privó de recursos.

Rabasa analiza el poder político de la jerarquía católica en México, diciendo:

Desde que la independencia se realiza, aparecen espontáneamente exhibidas las dos tendencias de avance y de retroceso: la progresista, que invocando la libertad arrastra a la anarquía, y la conservadora, que con pretexto del orden pugna por la restauración del régimen caído. Esta última es fuerte por la tradición y ha de oponer una resistencia tenaz.

La tradición española había unido en secular consorcio indisoluble y estrecho, como base de su nacionalidad

y de su independencia, "el trono y el altar" y lo que la Nueva España pudo llegar a entender del gobierno monárquico, fue por la intervención de la Iglesia, que se imponía más que el rey y cuya acción se sentía en la sociedad y en los hogares.

Ni el pueblo podía comprender el gobierno sin la Iglesia, ni el clero podía comprender su función religiosa sin autoridad temporal. La Iglesia disputaba "lo suyo", con firme convicción de dueño; el gobierno, meramente civil, era un despojo de privilegios asegurados por las leyes humanas y divinas.

Para transformar el orden público era necesario vencer a los tradicionalistas y arrancar al clero del seno del Estado, romper la dualidad que para la conciencia común era unidad indiscutible. En suma, y puesto que la fuerza residía en las masas, la organización de México requería una transformación del espíritu popular en lo que tiene de más íntimo y rebelde: el sentimiento religioso.³

En 1845 el clero mexicano estaba desunido en cuestiones de política, y numerosos sacerdotes eran republicanos acérrimos, pero todos cerraban filas para defender los privilegios eclesiales y el poder temporal de la Iglesia ante los ataques anticlericales. El observador norteamericano Ramsey en 1848 lo expresó en la siguiente forma:

De estas consideraciones se desprende que la Iglesia tiene mayor poder e influencia en México que en ningún otro país civilizado; no obstante, su dominio raramente los ejerce con energía debido a los impedimentos que circunstancias antagónicas oponen constantemente. Fuera de aquellas cosas que afectan directamente a los intereses de la Iglesia, no hay una sola cuestión de gobierno

³ *Ibid.*, p. 264.

o política en que las opiniones de la Iglesia sean unánimes; esta falta de unidad es lo que ha impedido que usurpe los departamentos políticos de la república y que rija los asuntos del gobierno.⁴

Como propletaria de bienes raíces en la república, la iglesia católica era la rica terrateniente, y en asuntos monetarios era el gran banquero de México. Pero "poseyendo riquezas, predicando pobreza", enfatizaba la parábola del camello por el ojo de la aguja como norma de conducta; y la supremacía católica generó en el pueblo mexicano una actitud hostil hacia los ricos. Por el contrario, en Estados Unidos prevaleció el sentimiento calvinista de que los bienes materiales son testimonio de la gracia de Dios.

Así como el pionero norteamericano miraba inferiores y dignos de lástima a sus vecinos del sur que no alcanzaban su nivel de vida, y albergaba la convicción incuestionable y ciega de que su país era el mejor del mundo, así el pueblo mexicano creía que su religión católica era la única verdadera y despreciaba y compadecía a los protestantes --es decir, a sus vecinos del norte-- como impíos y renegados irremisiblemente condenados a arder eternamente en el infierno.

Por otro lado, la creencia generalizada en el mundo occidental acerca de una supuesta inferioridad de las razas de color, y de que las mezclas raciales son todavía peores, necesariamente avivaba la animosidad entre ambas naciones, ya que el cuarenta por ciento de los mexicanos eran mestizos y otro cuarenta por ciento eran indios puros.

Rabasa cristaliza las características relevantes del temperamento mexicano, que contrastado con el norteamericano del siglo XIX de Henry Steele Commager en el capítulo anterior, ayuda a comprender el desarrollo divergente de ambas naciones. Dice Rabasa:

⁴Ramsey, "Field Notes".

... para el mexicano el terruño tiene fisonomía, lengua y alma; se apega a él, se identifica con él y lo ama como cosa de familia, de los abuelos, de los dioses que protegen.

De ese amor fetichista pasa al de su región, luego abarca con su afecto provincialista el Estado y pasa a la concepción de la patria (cuando llega a conocerla), envolviéndola, no en vanidad, que desautorizan su atraso y su historia, sino en amor que enseñó el terruño, que ensanchó el conocimiento de los pueblos hermanos y que encienden las desventuras de la patria común. Así se ha formado el patriotismo mexicano, vehemente y explosivo, sin madurez que sólo da la educación, supeditado a la codicia y a los rencores, que no ha sabido, por regla general, sacrificar la ambición, pero que nunca ha negado el sacrificio de su sangre.

El terruño en México ata al individuo y arraiga a las familias, que emigran poco; la familia se estrecha y tiene lazos que dan a los pueblos el aspecto de reunión de hogares que ha llamado la atención de varios escritores extranjeros recientes; el parentesco se conserva reconocido a muchos grados de distancia, como en las sociedades patriarcales, modelos de unión; prevalece de este modo el sentimiento sobre el impulso de acción, a la riqueza se prefiere el bienestar, un cambio de residencia dentro del propio país es sacrificio de lo más caro; la facultad productora se enerva y sólo se ejercita en lo que es posible hacer sin penas tales.⁵

A comienzos del siglo XIX, el "terruño" del mexicano era un rincón en el centro o el sur del país. Pocos osados se aventuraban a colonizar las vastas soledades del norte --los confines de Texas, Nuevo México y California-- cuya extensión combinada de dos millones de kilómetros cuadrados

⁵Rabasa, *La Evolución Histórica de México*, p. 11.

ocupan hoy los estados de Texas, New Mexico, Arizona (al norte del Gila), Utah, Nevada, California y partes de Oklahoma, Kansas, Colorado y Wyoming.

Después de tres siglos de dominio español en el Nuevo Mundo, la provincia de Texas --más extensa que Francia-- tenía apenas tres pequeñas comunidades civilizadas denominadas San Antonio, Gollad y Nacogdoches. Contando todos los indios "domesticados", Santa Fe, Taos, Albuquerque y otras aldeas, la población total de Nuevo México sumaba treinta mil almas. Alta California (que incluía Nevada) tenía solamente siete mil personas de sangre hispana y treinta mil indios bautizados.

El mejor puerto natural del Pacífico en toda América, San Francisco, era apenas un caserío de doscientos habitantes. Sumando todas las comunidades civilizadas en los dos millones de kilómetros cuadrados de las tres provincias, se obtenía la cifra de ochenta mil almas: una densidad de población inferior a media persona por cada diez kilómetros cuadrados. Los indios "salvajes", rebeldes a la autoridad mexicana, eran cerca de trescientos mil --una pareja en cada catorce kilómetros cuadrados de territorio. Entre ellos se destacaban los apaches, comanches y otras tribus de guerreros nómadas que periódicamente asolaban los aislados bastiones de civilización hispánica.

Ansioso de estimular el progreso y proteger la frontera, en 1824 el gobierno mexicano emitió una Ley General de Colonización, otorgando predios baldíos a quienes desearan aprovecharlos, incluyendo a los extranjeros. Pero mientras siete millones de mexicanos, absortos en sus interminables contiendas civiles, devotamente se aferraban a su amado terruño en el sur del país, sus enérgicos vecinos del norte ávidamente aprovecharon la ocasión para fincarse en Texas y California. Ello ineludiblemente condujo a El Alamo en 1836 y a la guerra entre Estados Unidos y México en 1846; guerra que caló en el alma de Walker.